

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administr.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

Política campesina

La insurrección del pueblo ruso abarcó el campo y la ciudad: fue obrera y campesina. Políticamente, esa designación sirvió también de programa a los bolcheviques. Pero la base del llamado gobierno de los soviets de obreros y soldados (pluralidad que explica muy poca cosa), descansó y descansa sobre las masas ciudadanas más aptas para la vida política... y esas masas fueron reclutadas en los principales centros industriales de Rusia.

El campesino, el pobre mujik ruso dominado por la burguesía feudal y sometido por el poder central a la más precaria condición de esclavo, aportó su fuerza a la causa de la revolución. La idea del comunismo era en él instintiva, pese a los egoísmos mezquinos exacerbados por la miseria y por la ignorancia. Por eso el campesino ruso entendió la revolución como un acto de justicia social, considerando como un derecho propio la expropiación de los grandes señores y la posesión de las tierras que cultivaba. En el lenguaje político de los comunistas de Estado, ¿qué valor tenía la parte de su programa que reclamaba, como un acto de reparadora justicia, la tierra para los campesinos? Analicemos esa cuestión que fue en Rusia el principal factor determinante del fracaso bolchevique.

Cuando la revolución era un cuerpo animado, con vida propia, y a la suerte de sus fuerzas populares jugaban su gobierno sediente obrero los profesores de dictadura, se dejó a los campesinos en libertad para expropiar a la burguesía feudal y dividir los fundos propiedad de la nobleza y de los señores de horea y cuchillo. Se realizaba la consigna revolucionaria: "la tierra para los campesinos". Pero cuando en el campo político se despejó el camino y el gobierno sovieta aseguró su estabilidad gracias a las fuerzas organizadas y militarizadas de los obreros de las ciudades, intervino el Estado para poner condiciones a la expropiación de la tierra y crear un tributo sobre la producción campesina. ¿Qué recompensa se ofrecía al campesino a cambio de sus productos? El Estado, a cambio de la tierra expropiada a sus antiguos propietarios, se creía con derecho a imponer una gabela, a cobrarse un impuesto en especies y hasta requisar el excedente de la cosecha si voluntariamente no la cedía el agricultor. Y sucedía que, si bien la tierra era del campesino, los productos no le pertenecían y hasta estaba obligado a hacer los cultivos de acuerdo con la tasa establecida por las autoridades soviéticas.

Se puede alegar que en la situación de lucha a que había llegado el proletariado de las ciudades y centros industriales de Rusia, el gobierno bolchevique estaba en su perfecto derecho para requisar el excedente de las cosechas a los campesinos refractarios al comunismo... Pero, ¿acaso el mismo problema del hambre no se planteó pavoroso en las regiones agrícolas, diezmando a la población campesina? ¿No fue en el Volga, los distritos rurales más importantes de Rusia, en las zonas agrícolas más fértiles, donde el hambre hizo los más grandes estragos?

La política bolchevique consistió siempre en asegurarse el apoyo del proletariado de las ciudades. De ese proletariado "más apto para el socialismo", surgió la "checa", el

campesino pobre; pasó a propiedad de los nuevos amos, de los protegidos políticos o de los más audaces, naciendo de esa repartija la nueva burguesía agraria. El Estado conservó grandes extensiones de tierras, de bosques y de minas, para ofrecerlas en subasta al capitalismo internacional. Y sobre esa base se elaboró la nueva política económica del Soviet. ¿En qué consistió y consiste, pues, la política campesina de los comunistas de Estado?

La concepción marxista — el materialismo histórico — concede muy poca importancia al problema campesino. Puede asegurarse que los socialistas descuidaron siempre esa cuestión, o la trataron superficialmente, ya que la base de su política está en el proletariado industrial

tralización de funciones productivas y la consiguiente disciplina política de las masas obreras? En el proceso gigantesco del industrialismo basan los socialistas el triunfo de "su revolución". Y Marx mismo ha dicho que la transformación de la sociedad capitalista en régimen del proletariado sólo será posible cuando el capitalismo llegue al máximo de su desarrollo y precipite su caída del exceso de potencialidad económica...

La política campesina de los bolcheviques — como la de los socialdemócratas — no puede perseguir otro objeto que la proletarianización del campesino, favoreciendo para ello las grandes concentraciones agrarias, la explotación centralizada de las tierras y el desarrollo del capitalismo agrícola. Quiere decir, pues, que el socialismo es, por su política, enemigo de la subdivisión de la tierra, surgiendo de esa táctica una teoría feudalista que ataca en sus bases la noción natural del comunismo agrario, que es el único comunismo que hasta ahora se salvó del poder absorbente del capitalismo.

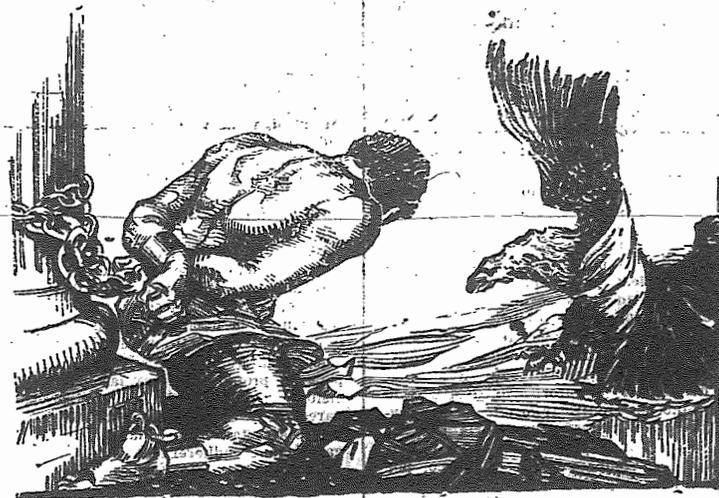
¿Qué problemas inmediatos para el campesino pobre, para el asalariado de los señores y de los feudos agrarios, pueden solucionar los defensores de la centralización en todas las ramas del trabajo? ¿Qué cuestiones de interés para el paria de la tierra, pueden plantear los comunistas de dictadura, si su camino es la negación de las fuerzas autónomas del proletariado y de cuantos sedimentos de libertad aún quedan en la vida humilde de los campesinos?

En Moscú se realizó recientemente un congreso internacional de campesinos. No sabemos qué clase de campesinos estarían representados en ese concilio rojo. Pero si podemos asegurar que nada que tenga relación con los verdaderos problemas de la tierra y con los intereses de la población agraria, fue discutido en esa reunión de campesinos... de la ciudad.

Los bolcheviques sólo pueden tener un interés político en atraerse a los campesinos. El campo no fue aún conquistado por la propaganda electoral socialista, y constituye en algunos países el nervio de toda la máquina política de los partidos conservadores. Y es ese problema el que tratan de solucionar los aspirantes al gobierno de los obreros y campesinos.

Para atraerse a la masa campesina y destruir la influencia política de los señores y de los caciques rurales, los bolcheviques ofrecen como prenda — para después de la revolución — la tierra para el que la cultiva. Pero no podrán aportar el ejemplo de Rusia para convencer a los futuros votantes. ¿Qué significa-

SUPREMO ESFUERZO



El Titán de los siglos, unido a la secular columna del privilegio, realiza el supremo esfuerzo por romper sus cadenas.

ejército rojo, las compañías de requisas, todos los elementos de fuerza que apuntalaron el Estado y restablecieron el principio de autoridad y de propiedad en la Rusia revolucionaria. La "dictadura del proletariado" se hizo sentir sobre la Ucrania campesina, sobre toda la Rusia agraria sometida violentamente al predominio político de Moscú. Y es esa la más funesta consecuencia de la política reconstructora del partido comunista ruso.

Para solucionar el cada vez más agravado pleito entre la ciudad y el campo, el gobierno de Moscú, después de ensayar todas las medidas de fuerza — desde las requisas violentas al impuesto en especies — terminó por restablecer el derecho a la propiedad privada. La tierra, expropiada los antiguos señores, no fue ya el patrimonio común de los

y en el ciudadano apto para vivir la democracia... Los problemas de la tierra son, para el marxismo, problemas de la post-revolución: debe solucionarlos el Estado socialista mediante la expropiación general de los señores y feudos, no para poner al campesino en posesión de la tierra que cultiva, sino simplemente para cobrar el derecho de posesión y reglamentar las labores del campo de acuerdo con los intereses de la ciudad.

Puede que la experiencia rusa haya rectificado el criterio de los marxistas en lo que respecta al problema campesino. Mas no llegarán nunca a una rectificación completa de su política, porque a ello se oponen las doctrinas económicas del marxismo. ¿Concibe un socialista la posibilidad de un cambio social sin el previo desarrollo industrial, la acu-

Autonomía, Centralismo y Federalismo

Desde largo tiempo se hace mucha confusión de palabras, cuando se habla de los diversos sistemas de organización en el campo obrero. Sobre esta confusión se afianzan muchos que de un nombre que se ha hecho querido a las masas por circunstancias especiales, se hacen un manto para hacer pasar de contrabando ideas hasta ahora llamadas de un modo distinto. Y se da también el caso contrario: que se rehace una denominación exacta y que responde más a las propias ideas, simplemente porque es empleada por adversarios.

Cuando los reformistas fundaron, después de 1909, en Italia la Confederación General del Trabajo, le dieron este nombre porque había sido hecho simpático entonces por el ejemplo de la asociación homónima, pero muy distinta, de Francia.

La *Confédération Générale du Travail* estaba en aquellos años en el apogeo de su éxito; y todo el mundo la miraba como la revelación de nuevos horizontes abiertos al movimiento obrero. La obra oscura y paciente de los anarquistas había preparado aquella magnífica aurora de esperanzas, con todo un laborio intenso en el seno de los sindicatos y en las bolsas del trabajo francesas, que Fernando Pelloutier había cuidado y guiado amorosamente hasta los últimos días de su vida.

Las ideas federalistas, de autonomía y libertad, las tendencias comunistas y revolucionarias, el entusiasmo por la huelga general, la propaganda antimilitarista, la oposición al legalitarismo y al sectarismo marxista, la aversión a los politiqueros, etc., eran todos elementos que daban al movimiento un ardor irresistible. Fue entonces que se vió, por la primera vez, en un congreso internacional obrero y socialista — el de 1906 en Londres — a la gran mayoría de los representantes de los sindicatos franceses formar en defensa del derecho de los anarquistas, contra el odioso exclusivismo de los social-demócratas.

También aquel movimiento degeneró, desgraciadamente! El espíritu anarquista de los primeros tiempos se debilitó: elementos nuevos substituyeron a los compañeros de la primera hora, y a través de la equívoca fórmula "el sindicalismo se basta a sí mismo", lo hicieron degenerar en corporativismo. Algunos anarquistas olvidaron que lo eran, aún negando formalmente ninguna de sus ideas. Y la consecuencia fué que después de una decena de años el espíritu centralizador, burocrático, autoritario y oportunista dominaba de nuevo sobre el radicalismo obrero francés, dando lugar a la formación de un politiquerismo de nuevo cuño no menos deletéreo que el de los diputados y el de los buscadores de votos.

Así se tuvo en 1914, lo mismo en Francia que en Alemania, en Inglaterra y en los Estados Unidos, el espectáculo vergonzoso de un proletariado organizado cómplice del propio gobierno y del capitalismo en el delito de la guerra!

Pero diez años antes esto no era previsible. El nombre de la Confederación General del Trabajo francesa despertaba la simpatía del proletariado de todos los países, especialmente del italiano, y se quiso explotar esta simpatía dando

do tiene, para el Estado comunista, el principio de la expropiación? Ninguno.

En esa carencia de motivos revolucionarios, de ejemplos equitativos y justicieros, está el fracaso de la política campesina del bolcheviquismo. A no ser que los comunistas de Estado pretendan hacer creer a los campesinos que su felicidad consista en proletarizarse... para favorecer el desarrollo de las grandes industrias agrarias y de la centralización rural.

el mismo nombre al nuevo organismo que en Italia surgía en pleno florecimiento de agitaciones y de huelgas. Por las mismas razones el nombre de "sindicato" iba substituyéndose al de "liga".

¿Pero qué significa un nombre nuevo si no corresponde a una cosa nueva? ¿Cambiar las denominaciones sin cambiar la substancia? Pronto advertimos el engaño: bajo denominaciones nuevas tenemos que habérnoslas con sistemas viejos, que no corresponden absolutamente a los conceptos que esas denominaciones traen a nuestra mente.

En los ambientes obreros se sostuvo durante mucho tiempo una gran discusión de federalismo y antifederalismo. También esta discusión se apoya en un equívoco, de lo que resalta que el significado histórico, revolucionario y anti-autoritario del federalismo pasa por un sinónimo de reformismo centralizador. Al contrario, el federalismo, en el movimiento socialista y obrero, tiene una tradición y por tanto una significación del todo libertaria, autonomista y descentralizadora.

En el seno de la primera *Internación Uná*, del 1864-1889, de la que ha derivado el movimiento obrero moderno y con él el socialismo y el anarquismo, se llamaban federalistas todos los que, especialmente en las secciones de las naciones latinas, seguían la corriente llamada *de Bakunin*, con orientación anarquista, en contraposición a la corriente centralista y autoritaria que encabezaba Carlos Marx. Federalismo significaba entonces lo contrario de centralismo; significaba: organización libre de los trabajadores, de abajo arriba, sin autoridades constituidas, o sea: unión, para la lucha contra la burguesía, de las unidades y grupos autónomos, federados para la consecución de un propósito común: la revolución social.

En Italia, al contrario, poco a poco la palabra "federalista" ha tomado, después de 1900, un significado totalmente diferente entre las masas organizadas. Es entendida por muchos obreros de todas las ideas y tendencias simplemente como "partidario y socio de las federaciones nacionales de oficio".

Y como casi todas las federaciones de oficio en Italia han sido hasta 1920 dirigidas por reformistas con un sistema centralizador y autoritario, *federalismo* terminó por significar lo mismo que *centralismo*. Y pequeño mal sería éste — pues no son las palabras lo que importa, sino la substancia — si luego, por espíritu de oposición, muchos revolucionarios no hubieran concluido rechazando *a priori* todo concepto de federación, comprendido lo que de bueno está contenido en él, para empujarse a la idea de autonomía hasta hacerla sinónimo de localismo.

"Localistas" llaman los reformistas y los revolucionarios que en Alemania y en Italia defienden la libertad de acción y la autonomía de los grupos locales (ligas, sindicatos y cámaras del trabajo). Los reformistas "federalistas" acusan a los "localistas" de ocuparse sólo de lo que se refiere a las organizaciones de su localidad, sin poner el movimiento y los intereses en relación con el movimiento y los intereses generales de los trabajadores de los otros lugares.

La acusación es en gran parte injusta: pero entre los revolucionarios hay algunos que en cierto modo la justifican, un poco por reacción contra la centralización de las funciones y un poco por ese espíritu egoísta que se desarrolla en las organizaciones económicas, en virtud de las cuales éstas tienden a no ver más allá del interés de los obreros directamente y localmente adherentes de ellas. Este sentido espíritu de localismo no es más que una manifestación corporativista y reformista, que los anarquistas y los revolucionarios deben combatir sin tréguva.

El objetivo de los anarquistas y de la revolución debe ser la emancipación de todos los trabajadores, y por consiguiente

la solidaridad, para cuya consecución es necesaria la asociación de todos los obreros sin distinción de localidades. Por eso los trabajadores revolucionarios y anarquistas no tienen ningún interés en ser localistas. En línea general son partidarios de asociaciones que comprendan en una unidad de lucha y de intentos a los trabajadores de todas partes. Si son internacionalistas, sería una contradicción aún más estridente con sus ideas el enzarzar el movimiento de cada grupo en la órbita de las necesidades y de los intereses locales.

Por eso los anarquistas, así como son partidarios de la unión de los trabajadores de cada oficio en una asociación — liga o sindicato, — por cada ciudad, son partidarios también de la federación de las asociaciones de diversos oficios de la ciudad en la Cámara del Trabajo, y de la federación entre sí de todas las unidades de un dado oficio de todos los países en las federaciones nacionales e internacionales de industria.

El conjunto de las federaciones de oficio y cámaras del trabajo, coligadas entre sí, debería formar una verdadera Confederación del Trabajo, armonizante de los intereses y movimientos de las varias categorías, de modo que el interés corporativo y egoísta local no predomine sobre las aspiraciones generales, revolucionarias, de toda la clase obrera. Es en este sentido que los anarquistas son federalistas y partidarios al mismo tiempo de la unidad proletaria.

Federalista y no localista, autonomista y no centralizador, libertaria y no autoritaria es la tendencia que, en interés de la revolución, como también en interés inmediato de la clase obrera, los anarquistas procuran imprimir a la organización sindical, en franco contraste con la tendencia opuesta del reformismo social-democrático y del comunismo dictatorial.

Según esta orientación, la federación entre las varias ligas de un oficio y entre las ligas de varios oficios, son concebidas como la unión libre de los grupos que tienen un pacto común de lucha y de solidaridad, pero en la que cada grupo es libre completamente en sus propios movimientos y dueño absoluto de sus propias fuerzas.

Ni la cámara de trabajo ni la federación de oficio deben tener, directa o indirectamente, — sea por medio de estatutos coercitivos, sea a causa de la centralización de la hacienda que permite dar o negar el concurso material a las varias iniciativas, — la autoridad de imponer el propio parecer y las propias decisiones (que en definitiva no son sino pareceres y decisiones de los comités o de las secretarías) a cada una de las organizaciones adherentes.

A las cámaras del trabajo, organismos locales que agrupan las ligas o sindicatos de los varios oficios de una sola ciudad o provincia, estando bajo el control directo de los interesados, les es más difícil exceder los límites de su cometido, dejarse extraviar por el oportunismo o el autoritarismo. No es así en las federaciones de oficio, que agrupan las ligas, sindicatos o secciones de obreros del mismo oficio de toda una nación, y a veces de varias naciones.

Ciertamente, puede negar la importancia y la necesidad de las federaciones de oficio, especialmente para las categorías obreras de los servicios públicos y las de industrias de carácter vasto y complejo. Por ejemplo, los ferrocarriles no se concebirían sino organizados nacionalmente; y de federaciones nacionales (y también internacionales) tienen necesidad los obreros textiles y metalúrgicos, los trabajadores del mar, y en general todos aquellos cuya producción no se limita a una sola fábrica en una sola población, sino que, bajo los mismos patrones unidos en *trust*, es hecha en vasta escala, en talleres diversos y diversas poblaciones.

En efecto, si, a modo de ejemplo, una sociedad industrial posee varios establecimientos en distintos lugares de Italia, y en uno de estos establecimientos los obreros se ponen en huelga, su resistencia será pronto vencida por los patrones, que con la producción de los otros establecimientos de la firma podrán hacer

frente al perjuicio que les acarrea la interrupción del trabajo en un taller solamente. De aquí la necesidad de que los obreros de todos los establecimientos de esa misma firma sean solidarios y sostengan la lucha de común acuerdo.

Y si se piensa que las diversas firmas, particularmente en las más grandes industrias, están ligadas entre sí, frecuentemente tienen los mismos accionistas y por consiguiente se ayudan en los conflictos con la clase obrera, — especialmente desde que se han constituido verdaderas asociaciones patronales industriales y agrarias, — es fácil comprender que también los obreros tienen necesidad de oponer al bloque capitalista otras asociaciones propias siempre más vastas y compactas. La organización simplemente local, desligada de las otras organizaciones, respondería mal a los fines y a las necesidades de la resistencia contra el capitalismo unido todo y solidario entre sí.

Fuertes por esta verdad de hecho, los reformistas tienen buen juego al combatir ciertas tendencias localistas de los revolucionarios. Y se sirven de ella para imponer — a cambio de la utilidad que reportan sus federaciones, — sus métodos autoritarios y centralizadores, de los cuales las federaciones podrían prescindir con mucho provecho propio, con economía de gastos burocráticos y con el resultado de una acción más expedita y enérgica de todas las organizaciones adherentes.

Las federaciones reformistas, actualmente existentes en casi todas partes, están constituidas de modo que sus órganos directivos y administrativos son verdaderos gobiernos, con una autoridad cada vez menos limitada.

Esta autoridad les viene en parte de la aquiescencia de las masas, pero en más gran parte de la forma autoritaria de organización que las federaciones se dieron a la ligera. Sus estatutos y reglamentos concentran completamente en las manos de los dirigentes, que están en Turín, Milán o Roma, o bien en Berlín, Amsterdam o Moscú, toda la actividad federal. Las varias organizaciones adherentes no pueden tomar una iniciativa, decidir un movimiento, sin el beneplácito de los comités centrales; su libertad de acción es limitada por las órdenes y contraórdenes que vienen de arriba, y la imposición es hecha posible por la centralización administrativa y financiera.

El sistema de las altas cuotas federales tiene precisamente a hacer que sus veces siempre mayores sean puestas a disposición de los comités centrales, de modo que por un lado no les queden a las organizaciones más que medios irrisorios, insuficientes para iniciar cualquier movimiento, y por el otro lado los comités centrales puedan, con el dinero en la mano, amenazar o cortar los víveres, limitar o negar todo concurso financiero a las organizaciones que se atreviesen a iniciar un movimiento contra su parecer y su mando.

Y bien, hay que impedir todo esto; es preciso que a los órganos centrales de las federaciones — como así a los de las cámaras del trabajo, — se les atribuyan funciones simplemente administrativas y de coordinación, y no poderes; y que estas funciones sean limitadas a lo puramente necesario para la acción que estos organismos deben desarrollar, sin que puedan invadir, sin ser llamados, el campo de las iniciativas locales.

A las llamadas "centrales" de las federaciones debería pertenecer la labor de oficinas de correspondencia y de informaciones sobre el estado general del mercado del trabajo, el encargo de compilar el periódico federal, de coordinar la solidaridad entre organización y organización, pero sin meritos propios para coartar la voluntad de las diversas secciones y de las minorías.

En la lucha entre capital y trabajo, las organizaciones interesadas, por sí solas o en acuerdo con las otras, deben ser quienes decidan la acción; y la federación no debe ser más que el medio por el cual esta armonización, esta entente, estos acuerdos sean posibles y efectivos.

Pero el nervio de la guerra, el dinero, no debe ser confiado, por medio de las altas cuotas, a los órganos centrales de

Las federaciones. Por más que las luchas obreras no se ganen con dinero, sino con energía y espíritu de sacrificio, el dinero es siempre necesario en todas las luchas. Y bien, la pequeña suma de dinero que con tal objeto los trabajadores ponen a parte en forma de cuotas, como fondo de resistencia, debe quedar en las cajas de las ligas y no concentrada en las manos de los comités federales, a los cuales sólo debería dárseles la cantidad mínima suficiente para el despacho ordinario de la administración y correspondencia.

Es monopolizando los medios financieros de la organización que las federaciones reformistas y centralistas, no pudiendo tener una fuerza propia armada para imponer su autoridad, ejercen un verdadero poder. Por eso, no concentrando en sus oficinas el importe de las cuotas sociales, sino dejando las sumas recogidas en las cajas particulares de las varias secciones y de los varios sindicatos; se puede eficazmente evitar o por lo menos limitar en mucho el centralismo y el autoritarismo de las federaciones de oficio.

Las federaciones de oficio, regionales, nacionales e internacionales, tienen como se ha dicho, una importante razón de ser. Pero es necesario evitar que el movimiento obrero quede absorbido todo en ellas: es decir, es necesario que a su lado se desarrollen otros agrupamientos proletarios que con una diversa y paralela actividad propia; balanceen las tendencias corporativistas y exclusivistas que en el seno de las federaciones, por la naturaleza propia de éstas, fomentan el egoísmo de categoría.

Siendo cada federación el exponente de los trabajadores de un sólo oficio o de una sola industria o de un sólo servicio público, es llevada naturalmente a encajarse en la visión de sus específicos intereses de categoría y a perder de vista el interés de toda la clase obrera.

Esta tendencia de naturaleza egoísta, por lo demás muy lógica y natural, contribuye mucho a hacer que las grandes federaciones de oficio estén y permanezcan casi todas en la órbita del reformismo, ya que éste responde a la ilusión de que en plena sociedad burguesa sea posible obtener mejoramientos para la clase trabajadora y, al mismo tiempo, a la preocupación de obtener estos mejoramientos económicos a cualquier costo, aún haciendo abstracción de toda consideración idealista y de solidaridad general.

Esta tendencia corporativista se desarrolla más en las organizaciones que comprenden obreros de un sólo oficio; mientras que el contacto entre obreros de las diversas categorías tiende a desarrollar el espíritu de solidaridad entre toda la clase trabajadora. De aquí la necesidad de contener dentro de justos límites la influencia de las federaciones de oficio y de que haya otros organismos que corrijan y contrabalanceen esa influencia.

Por todas estas razones, en espera de que la experiencia pueda sugerir otras y diversas formas de organización más acordadas al fin y menos gravadas de inconvenientes (1), los anarquistas dan hoy una importancia mayor a las organizaciones en que se encuentran obreros de varias categorías — esto es, a las cámaras del trabajo.

Estas, que son como las federaciones locales de las varias ligas de oficio, están, en efecto, animadas de un espíritu menos corporativista y reformista, y es más fácil hacerles tomar una orientación revolucionaria. Eso, precisamente porque la solidaridad entre los obreros de los diversos oficios contiene mayor elemento ideal que la solidaridad entre los obreros de un sólo oficio, los cuales se mantienen juntos sobre todo por consideraciones de interés. Lo que no impide — no lo olvidemos — que las federaciones sean también útiles y necesarias.

Entonces, para concluir, los anarquistas son favorables a las federaciones de oficio, pero no son centralistas; son autoritaristas pero no localistas.

Son partidarios de la organización local, autónoma en sus movimientos, libremente federada con las organizaciones

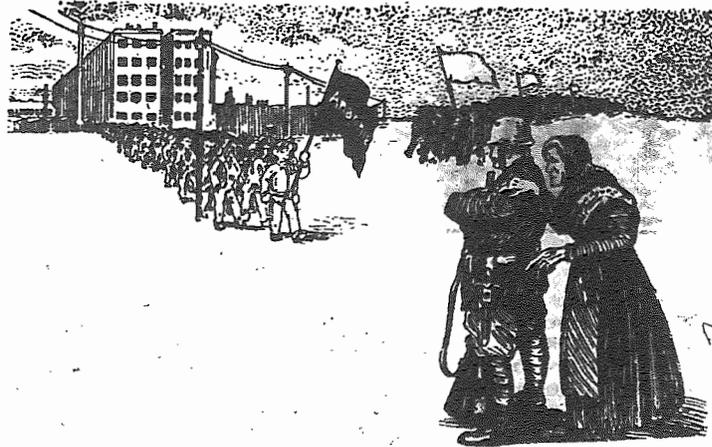
de las otras localidades por medio de pactos voluntariamente aceptados y de órganos de colaboración sometidos a ella, pero, sobre todo, libre de desenvolverse por propia acción sin impedimentos y sin imposiciones por parte de las oficinas centrales, y sin más control o sanción que el juicio expresado en los congresos o en las asambleas, directamente, por todos los obreros asociados y compañeros de trabajo y de lucha.

Sólo de este modo, organizados y libres al mismo tiempo, los trabajadores podrán constituir el ejército invencible que derrotará a la burguesía y abrirá las puertas de un porvenir de justicia y de fraternidad a las nuevas generaciones.

Luigi Fabbrì

(1) Después de la revolución rusa el pensamiento acude muy naturalmente a los consejos de fábrica y también a los soviets comunales, entendidos estos últimos no como órganos de gobierno (como se ha vuelto en Rusia), sino como formaciones espontáneas proletarias y populares, autónomas, tal como fueron al principio de la revolución y antes de que ésta fuese sofocada bajo el peso de la dictadura bolchevique.

Reflexión



Cuando el soldado reflexione ante la revolución que avanza, nuestro triunfo estará próximo

Ideas sobre la anarquía y la revolución

No hay que negar en absoluto las influencias del medio inmediato e histórico sobre los individuos y los pueblos, pero el hombre nace y se desarrolla en un mundo humano especial, es decir: más grande que el influjo filogenético es el germen mismo de la humanidad. Las ciencias naturales han llevado a la sociología las leyes de la continuidad evolutiva de todos los seres y de todas las cosas; según los principios de la ontogenia y de la filogenia, la realidad presente queda reducida a cero en beneficio de la serie de determinantes históricos y biológicos activos en el pasado. Según esos principios no podemos partir en nuestras investigaciones y en nuestros ideales del hombre actual como de una base sólida, real; el hombre actual sería un mero eslabón en una cadena infinita que llega hasta el enlace de lo orgánico con lo inorgánico: el hombre actual sería una forma pasajera y transitoria que continúa lógicamente un destino determinado por su pasado lejano, una aparición dependiente de una fatalidad biológica y en la cual es muy poco lo que podemos influir. Estas teorías prevalecieron especialmente en la era darwiniana; fueron aplicadas a las ciencias naturales a la sociología y a la psicología, y por un momento pareció que habían dado el golpe de muerte al idealismo. Pero los filósofos reaccionaron pronto y hasta la biología comenzó a formular nuevas conclusiones: la sustancia viva sufre menos la acción del medio de lo que reacciona contra él; el ser viviente no es un objeto pasivo, es algo que lleva en sí una energía immanente, que lucha y ataca y transforma el medio destructor y aniquilador. De acuerdo a esta nueva biología podemos tomar al hombre actual como un punto de partida, autonomizarlo y constituirlo en centro determinante de su propio destino, presente y futuro.

Kropotkin quiso reaccionar contra la invasión de las conclusiones darwinianas de la lucha por la existencia; escribió dos libros formidablemente instructivos, uno sobre el *Apoyo mutuo* y otro sobre la *Ética*; partiendo de los mismos datos que Darwin y sus discípulos, llegó a deducciones contrarias; el estudio de la naturaleza nos da el ejemplo de la solidaridad, de la ayuda recíproca, no el cuadro horroroso de la guerra de todos contra todos. Esta labor no podía realizarla otro que Kropotkin, con sus grandes conocimientos científicos y sus ideas de solidaridad, de paz y de amor. Pero esa gran labor no está en correspondencia con su utilidad; el valor de las investigaciones de Kropotkin es equivalente a las figuras retóricas con que los poetas adornan una idea; lo esencial es la idea, no las flores literarias. El apoyo mutuo es una idea humana que tiene su realidad independientemente de lo que pueda resultar del estudio de la naturaleza; esa idea persistirá, porque sin ella no puede haber justicia, ni paz, y solidaridad entre los hombres, y esto es requisito indispensable de una vida libre y dichosa. Nos imaginamos la alegría de Kropotkin cuando descubrió en una descripción de viaje el "tigre social"; es la alegría del poeta que consigue una forma feliz de expresión, aunque no añadida esencial a la idea. El estudio del mundo animal para justificar tendencias y aspiraciones humanas es un recurso retórico; nada más; como es un recurso retórico el apelar al ejemplo de los pueblos primitivos que vivían sin gobierno para asegurar que los pueblos también podrán vivir sin él en el porvenir. La vida de las razas primitivas está tan alejada de nosotros en todos los sentidos que, so pena de incurrir en el defecto de la negación de la autonomía del hombre actual, no puede servirnos más que de recurso literario en apoyo de una tesis. Las colectividades de hace milares y millares de años pudieron haber vivido sin gobiernos o con gobiernos; eso no

impide ni obstaculiza nuestra lucha por una futura existencia emancipada del principio de autoridad.

Es preciso volver a colocar el centro del mundo en el hombre. Si los astros giran en torno al sol, la vida social se desarrolla en torno al individuo; no en torno al individuo diluido y esfumado en una sucesión infinita ontogénica y filogénica, sino al individuo viviente, real, que lleva en sí mismo una energía de resistencia al ambiente y de lucha por condiciones mejores para el libre desenvolvimiento de su vida.

Hay que tomar al hombre en su forma y contenido actual, como una culminación, movido por impulsos interiores más que por el influjo del ambiente inmediato. Hay que explicar, si se quiere, la historia por el presente y no el presente por la historia.

Es una disciplina muy simple la que consiste en exigir al hombre de sus pecados por las leyes del determinismo. Bien observado el ser humano es mucho más determinante que determinado; tiene una voluntad y esa voluntad es un arma que puede condicionar el ambiente en lugar de someterse a él.

No debemos ver el pasado contenido en el presente; en el presente debemos ver las modalidades del futuro.

Los naturalistas pueden ver en el hombre la recapitulación de la serie animal por una parte y por otra del desenvolvimiento de la propia especie humana; para nosotros y para la historia del porvenir vale por lo que contiene, por lo que quiere y por lo que hace actualmente.

II

El marxismo ha preestablecido una legislación que determina la marcha de los pueblos; si un país no cuenta con un cierto grado de evolución económica, si no ha llegado al último estadio de la industrialización, no tiene posibilidades de entrar en una fase revolucionaria; la revolución marxista comienza en los países industriales trustificados; las regiones agrícolas deben industrializarse, los campesinos proletarianizarse; de lo contrario no tienen derecho, no pueden realizar la revolución.

Muchos camaradas se empeñan en sacar conclusiones opuestas partiendo de los mismos datos; también estos son recursos retóricos; la revolución social no es un fruto condicionado y madurado por la situación económica, es un producto de la voluntad de los pueblos. Los pueblos no se rebelan ni aspiran a una existencia de libertad, de justicia y de igualdad sólo en un cierto estadio de la evolución industrial; en todas las épocas han sido rebeldes y han luchado por una vida mejor, más justa y más libre; aun cuando seguían los estandartes religiosos y la doctrina de los profetas, aun cuando engrosaban voluntariamente las huestes de los guerreros, cuando disputaban por éste o por el otro rey, cuando seguían la bandera de la república contra la de la monarquía, en todos los momentos obraban creyendo hacerlo por su propio bien y por su propia dicha. Si han sido frustrados en sus esperanzas, no es porque les faltó la voluntad de conquistar un mundo mejor, sino porque les faltó la noción del verdadero camino a seguir para realizarlo.

Los camaradas que oponen a las conclusiones marxistas, conclusiones revolucionarias obtenidas del examen estadístico de la vida económica en general, cumplen una buena tarea, pero no deben olvidar jamás que son las estadísticas, que es la vida económica la que depende de la voluntad de los pueblos y no viceversa. Y la voluntad de los pueblos actúa al margen o contra las estadísticas; tenemos el ejemplo de revoluciones que estallaron donde las leyes del marxismo no lo permitían y tenemos el espíritu más conservador en los países en que ya debió de acuerdo a las mismas leyes, haber estallado la revolución.

Literatura - Arte - Ciencia

Dos grandes artistas franceses

Claudio Lorrain — Nicolás Poussin

Claudio Lorrain

Como la centralización monárquica la había expulsado, el alma profunda de Francia, de los bosques y de las riberas de los ríos, como había olvidado, debido a los vitrales, la honda fineza y la iluminación difusa de su cielo, con el descenso progresivo de sus corporaciones de artistas, la correspondencia misteriosa que unía la imagen esculpida al ardor interior de vivir, pareció que ella enviaba en misión a sus dos mejores pintores para que volvieran a aprender en Italia el sentido de la luz y del volumen con los cuales la forma del mundo y del espacio modelan nuestra voluntad. No tenían gran cosa que les fuera visiblemente común, ni el origen, ni el carácter, ni la cultura. Poussin era normando; Claudio, lorenés. El uno gran lector, el otro apenas sabía leer y escribía mal hasta su nombre. El uno de espíritu firme, meditativo, un poco doctrinario, inclinado a generalizaciones intelectuales y a las abstracciones plásticas, buscando en el universo el plano invisible que se desarrollaba en su mente, siempre dueño de su visión; el rostro regular, suave y fuerte, modelado como un monumento. El otro de cara hosca, con pómulos desiguales, toscos y pesados, yendo hacia la aurora y el crepúsculo como una bestia al abrevadero, mantenido por encima de un trabajo penoso y de una concepción confusa por una continua exaltación lírica, capaz de hacerle franquear sin esfuerzo aparente el umbral de las armonías superiores donde la intuición y la inteligencia comulgan estrechamente...

Pero ambos enamorados de ritmo y de medida, ambos de un tiempo en el cual la necesidad de método y de estilo reaccionaba en todas partes contra la fermentación política e intelectual que había arrancado al siglo diez y seis del organismo medioeval, y decididos ambos a pedir a Italia la disciplina hacia la cual sus maestros libertados antes que nadie de las esclavitudes antiguas tendían irresistiblemente entre la confusión de las investigaciones aisladas y de los antagonismos pasionales.

Fueron ellos los que recogieron la enseñanza de Roma, tan peligrosa para los débiles de voluntad o de espíritu. Italia, debilitada por su esfuerzo, dividida

La revolución social es un producto de la voluntad y no de la economía. Los pueblos como los individuos reaccionan contra la injusticia y contra la esclavitud sin subordinarse a ley alguna preestablecida. No es un estado económico el que determina una revolución, sino un estado psicológico. Nosotros debemos procurar influir en este último; que los marxistas esperen a que se produzca el primero!

D. A. de S.

en veinte fragmentos hostiles, no buscaba ya sino una esclavitud consentida, blanda y sin íntimas revanchas. España, agotada de orgullo, rehusaba vivir. Inglaterra organizaba su clase de negocios y la religión práctica destinada a enriquecerla. Alemania, devastada, deshecha, exhausta por una guerra horrible, no sentía más, no comprendía más nada. Francia, que ascendía rápidamente hacia la unidad política, tratando suplir a la unidad de alma perdida, era la única en Europa que podía aprovechar el intelectualismo ofrecido por los Italianos y detener al mundo en vías de renovamiento, en la ilusión de una hora. Cuando se ha seguido, en los estudios de Claudio y de Poussin, su voluntad de llevar el árbol y el agua y el cuerpo y la arquitectura a la misma profunda ley de parentela electoral, que el uno adivina y que el otro descubre en un universo profundamente interrogado a toda hora, se oye en uno elevarse el eco regular y potente del alejandrino de Corneille, el presentimiento del sistema geométrico que formulará Descartes, y se entrevé la sombra ancladora del edificio estético y administrativo que Colbert y Luis XIV edificarán de arriba a abajo.

Solamente que ese edificio está por venir, y no los encierra todavía. Mucho mejor que en los dibujos de Poussin, entre los más bellos del mundo, pero en los que la fuerza espontánea de emoción, de fosgositad, de vida, no disimulan nunca las



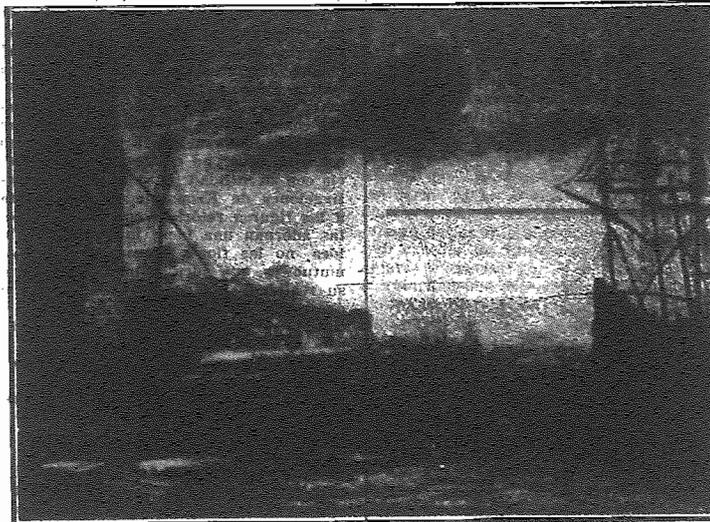
Tarde — (Paysage)

su suelo. Forman parte de una fuerza que crece y no, de una fuerza que muere de haber sido fijado. La búsqueda apasionada de un nuevo equilibrio les da una nobleza y una llama que mantiene levantada a la obra y hace que desborde del cuadro por la exaltación de la voluntad y la iluminación del corazón. En el centro de la perdida virtuosidad de los Italianos, ellos conservan su calma, remontan a las grandes obras, y permanecen fieles a la misión que Francia les ha dado. Se trata de establecer el armazón de un mundo donde el espíritu francés que continúa, introducirá con una admirable facilidad, en su evolución moderada, los viejos ritmos meridionales renovados por Italia ejerciendo su eterno rol de conciliador y árbitro entre los hombres del Nor-

miento. La aurora y el fin del día, todo lo que da al universo su intensidad sentimental, iluminan, en el corazón de un paisaje antiguo, a una humanidad decidida a aferrar en el correr de las cosas las apariencias magníficas que mantienen su esperanza.

¿Lirismo de Claudio Lorrain, tú no conocías tu rol! Tú no sabías lo que representaba para nosotros tus puertos horniguanes, tus oriflamas, tus velas en los cielos de fuego.

No sospechabas el sentido que toma para los hombres llegados al límite del desorden intelectual, tu rayo rectilíneo que se desliza hasta los primeros planos sobre el mar y alumbraba una llama corta en la cresta de las olas apresuradas llevando a los hombres la enorme pesantez del agua, el viento salado, el horizonte de púrpura y de polvo donde la otra cara de la tierra se hundió progresivamente. No sabías nada de eso, sentías solamente, cuando dirigiendo tus ojos hacia la línea circular del desierto romano fijaban un punto central rojo y dorado en la bruma, de donde se derramaba un polvo luminoso irradiando cada vez más tenue en todo sentido, tú sentías en las oriflamas de piedra una doble hilera de palacios, de iglesias, de ruinas, dar al impulso de tu sueño una forma regular donde tomaba posiblemente mayor fuerza persuasiva y mayor potencia cantante. Es siempre igual, la emoción aumenta de obra en obra, al ver tal inocencia y en aspiración incesante hacia la gloria del día, tan decidido a no abandonar jamás las irreprochables avenidas que conducen a la armonía, sin confesar la mala vía, la duda, la lucha y el sufrimiento que sin embargo atraviesan. Siempre los estándares en las cimas de las torres, la floresta de los aparejos, las oriflamas y la espuma iluminadas, la extensión sonora que huye en la bruma de oro púrpura, y el sol que en el fondo domina la sinfonía en aumento o muriendo según que suba o baje. Claudio dejaba que Felipe Lauri poblara ese mundo en peristilos, y las escaleras de sus templos! Él ni las apercibía en la irradiación solar que inunda todo con una bruma aérea frustada, cuyo centro inflamado se con-



Puerto de mar.

búsquedas esculturales, se ven en los de Claudio líneas de fuego, manchas ardientes, vastas y potentes visiones del paisaje encontrado, aparición alucinante, húmeda de frescura, reventando de savia, bañados de aire, de sombras y luces arrojadas con la tinta negra sobre la blanca hoja de papel. Sus raíces se hunden en el humus más rico y mejor nutrido de

te y los hombres del Sur. Se trata de dar a toda Europa algo que reemplazará en el cuerpo de las élites la espina dorsal rota de la edad media muerta. Se trata de imponer a la aventura humana salida de las antiguas sendas, el orden armonioso que le permitirá, durante un siglo, creer que lo ha encontrado de nuevo y preparar, en todo caso, su descubri-

funde con el centro de su ser. Claudio habita en el sol, se lanza con sus rayos; no quita jamás sus ojos, desde el instante que comienza su descenso, de las colinas, de la cima inmóvil de los árboles, de los capiteles descoronados que inundan de oro sombrío en el segundo que muere. Ese pobre campesino está en el corazón de un minuto impresionante, que no oye sonar. El astro declina, la sombra todavía inflamada se extiende sobre la juventud naciente de las sociedades occidentales, pero dora una feria alta y regular de edificios y columnatas, un mundo de piedras y de mármoles saliendo de riberas empedradas donde el navío del espíritu, que se cree al fin y para siempre dueño de sí mismo, aborda con majestad, negro sobre la púrpura del cielo.

ELIE FAURE

La duda heroica

Hay en el museo nacional de Florencia una estatua de mármol que Miguel Angel llamó "El Vencedor". Es un joven desnudo, bello de cuerpo, con los cabellos rizados sobre la frente baja. De pie, derecho, afirma la rodilla sobre la espalda de un prisionero barbudo, que se inclina y tiende adelante la cabeza, como un buey. Pero el vencedor no lo mira. En el momento de herirlo se detiene, vuelve a otro lado la boca triste y los ojos indecisos. Su brazo se repliega hacia atrás y se aparta.

Esta imagen de la "Duda Heroica", esta Victoria con las alas quebradas que, única entre todas las obras de Miguel Angel, permaneció hasta su muerte en su taller de Florencia, y con la cual Volterre, su confidente, quería ornamentar su catafalco, representa a Miguel Angel mismo, es el símbolo más adecuado de toda su existencia.

Sus padecimientos fueron infinitos; tomaron todas las formas. Ya fué la tiranía ciega de las cosas, la miseria, las enfermedades, las injusticias del destino, la maldad humana. Ya fué él mismo. Y no es entonces menos inmortal ni menos fatal: porque nadie elige su corazón ni solicita la vida tal como se la dan...

Este último sufrimiento fué el de Miguel Angel. Poseyó la fuerza, tuvo la dicha rara de poder luchar y vencer. Venció. ¿Pero qué? No quería la victoria. No era esa su ambición. "Tragedia de Hamlet! Contradicción dolorosa entre un genio heroico y una voluntad que no lo era, entre pasiones imperiosas y una voluntad que no quería.

No se espere que nosotros veamos en ella, a imitación de tantos otros, una grandeza más. Jamás diremos que es porque el hombre es demasiado grande por lo que el mundo no le basta. La inquietud espiritual no constituye un signo de grandeza. Toda falta de armonía entre el ser y las cosas, entre la vida y sus leyes, aún en los grandes hombres no procede de su grandeza: viene de su debilidad. ¿Por qué ocultar esta debilidad? El débil, ¿merece menos amor? Al contrario, es más digno de él, porque lo necesita más. No admiro las estatuas de los héroes inaccesibles. Odio el idealismo cobardo que aparta los ojos de las miserias humanas y de las caídas del alma. Es preciso decirlo en esta época demasiado sensible a las palabras sonoras: la mentira estoica es una cobardía. Hay un solo heroísmo en el mundo: ver el mundo tal como es, y amarlo.

El drama de Miguel Angel consiste en que ofrece la imagen de un sufrimiento humano, que le rogó sin cesar y que no le abandonará antes de haberlo destruido. Es uno de los tipos más potentes de esta gran raza humana que, desde hace diez y nueve siglos llena el Occidente con sus gritos de dolor y de fértil cristianismo.

Un día, en el porvenir, al extremo de los siglos (si se conserva aún la memoria de nuestro planeta), los que se inclinan sobre el abismo de esta raza desapareci-

da, como Dante al borde de Malebolge, la contemplarán con un mezcla de admiración, de horror, y de piedad.

Pero, ¿quién la comprenderá mejor que nosotros, hijos de su angustia, que hemos visto retorcerse en ella a los seres más queridos; nosotros que hemos respirado el olor acre y embriagador del pesimismo cristiano, y que a ciertas horas hemos necesitado un esfuerzo para no ceder, como tantos, en los momentos de duda, al vértigo del Vacío Divino?

¡Dios, vida eterna! ¡Refugio de los que no pueden vivir aquí! ¡Fe que no eres con harta frecuencia sino una falta de fe en la vida, una falta de fe en el porvenir, una falta de fe en sí mismo, una falta de valor y alegría, ya sabemos de cuántas derrotas se compone tu famoso triunfo!

¡Y es por eso por lo que os amo, cristianos! ¡Porque os compadezco! Os compadezco y admiro vuestra melancolía. En tristecisteis el mundo, pero lo hicisteis más bello. El mundo se empobrecerá cuando vuestro dolor no exista. En esta misera época de cobardes que claman ante el dolor y reclaman ruidosos su derecho a la felicidad, que no es con frecuencia sino el derecho a la desgracia ajena, osemos mirar el dolor cara a cara y venerarlo. ¡Loada esa alegría, loado ese dolor! Ambos son hermanos y santos. Son la fuerza, la vida, Dios. Quien no ama a los dos, no ama a la una ni al otro. ¡El que los ha gustado conoce el pasado de la vida y sabe la dulzura de renunciarla!

Romain ROLLAND

LA ELECCION

De noche en el bosque.

Estaba yo acostado en el suelo y rogaba llorando; alrededor mío estaba oscuro.

—¿Me llamas? Se oye una voz en la terrible tempestad.

—Clamo en mi desgracia, contesto con lágrimas amargas.

Y ante mí se hallaba el luminoso Angel Gabriel con piedad en los celestiales ojos.

—¿Quieres saber qué elegir en la vida? No necesito responder; él sabe mis pensamientos.

Me roza los ojos con la punta de oro de sus alas y yo veo una mujer elegante con el vestido de Eva ante mí.

Se mueve silenciosa, pero a cada movimiento tiembla su blanco y sedoso cuerpo. Sus ojos eran dos florecillas azules que penetran en el alma. Entreabre sus labios y me parece que en alguna parte, al anochecer, en la sombra, relampaguea fosforescente un mar... El sol la baña con una luz de púrpura.

—Me estremezco, cierro los ojos y caigo en sus brazos.

Cuando volví a abrir los ojos era ya vieja... Tenía ya, apenas una chispa de vida; el cabello escaso y blanquecino...

El sol desapareció... Es de noche en todas partes.

Me doy vuelta, miro, la quiero ver otra vez; pero ella ya desapareció.

Esa es la Belleza!, exclama el Angel Gabriel.

Después volví a rozar mis ojos y yo percibí:

Sobre una terraza al lado de un castillo estaba un hombre y una mujer, los dos jóvenes, los dos llenos de amor. Un rayo de sol los besaba y caía después en el abismo sobre el cual se levantaba el castillo. "Ves la flor que me diste — díjole él a ella — también está enamorada de tí: dame tu mano que la llevaré a

mi pecho". Lo hace y echando una mirada al abismo prosigue: "Arroja tu abanico y me tiraré para traértelo". Y se agachó para cogerlo.

Cerró los ojos y los volví a abrir y de nuevo los encontré: estaban otra vez en la terraza junto al castillo, pero ya tenían más edad: la edad madura.

No hablaban, callaban, y el cielo, naranja y sus ojos llenos de indiferencia, quizás de odio. Subiendo, por una escalera, ella dejó deslizar de sus manos el abanico que cayó un escalón más abajo.

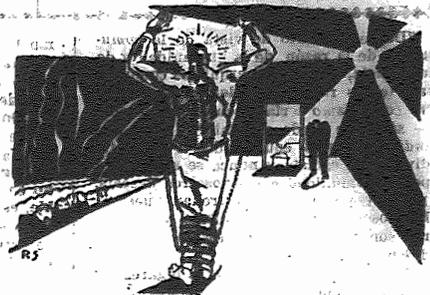
—Levántalo, te ruego, se dirigió a él. Pero él sin contestar, llamó a la sirvienta para que alcanzara el abanico a la señora.

Eso es el amor! dice el Angel Gabriel.

Ahora me mostraba la verdad. Era una plaza con una guillotina y alrededor un genio marmuraba como el mar y mostraba los dientes de alegría. Y yo vi atado con sogas, un culpable de erguido y bello semblante, los ojos como estrellas, pero descalzo y vestido con harapos.

Oí; me llega una voz; levanto los ojos, era él quien hablaba; hablaba con pasión. La multitud ordena silencio; él sigue ha-

biendo. La multitud ruga; pero su voz domina el rugido. Se echan sobre él, le cierran la boca; pero los ojos del culpable se miraban al sol y sus brazos in-



tentaban librarse. Entonces nuevamente la multitud arremetió, lo golpearon y la cabeza fué a dar en la guillotina. Brilla el hacha en el aire, se oye un ruido. De mil corazones parte un grito. La cabeza cae al suelo y es alzada por el caballo. Pero la cabeza seguía hablando y decía la verdad bien alto. Y cuando se le arrancó la lengua, todavía los ojos hispeaban iluminando como dos encendidos carbones...

Volví a caer sobre el suelo y seguí pensando; las ideas guerreaban una contra otra. Dos veces preguntóme el Angel qué elijo. Me preguntó por tercera vez.

Entonces levanto la cabeza y le digo: —¡La verdad!

KNUT HAMSUN

El Labrador y el Vagabundo



El vagabundo es comunista por temperamento; el labrador es individualista. El labrador no comprende la vida sin la propiedad; el vagabundo comprende la vida y odia la propiedad.

El labrador construye tapias y vallados, el vagabundo las salta; el labrador acota campos, el vagabundo los cruza.

El uno quiere que su heredad sea para él, el otro que la tierra sea para todos.

En presencia de la tierra, la inclinación natural del hombre se determina. El antiguo pastor o el antiguo agricultor, nuestro lejano ascendiente, se manifiesta todavía con claridad en nuestros instintos.

El labrador vive en la tapia la defensa de sus intereses; el vagabundo un obstáculo para su vida.

El uno dice: Yo he comprado el campo, lo he trabajado; sus frutos son míos. El otro dice: El sol que ha hecho crear el árbol es de todos, la lluvia que ha fecundado el campo, también es de todos; ¿por qué privar a nadie de aquella sombra; de aquel fruto, de aquella leña con que puede uno calentarse?

El vagabundo es romántico, andrajoso y espléndido; el agricultor, práctico, rico y miserable; el uno tiene familia, tiene hogar, tiene hacienda, tiene dinero; el otro no tiene más que la libertad, el cielo azul.

Y sin embargo, al caer de la tarde es para mí más triste ver al labrador detrás de su arado que al vagabundo que cruza la carretera.

Y es que mi corazón es vagabundo.

PIORAROJA

PIERRE RAMUS

Egoísmo y espíritu de comunidad

Desde el punto de vista de la comunidad, de la razón, de la humanidad y de la justicia, vosotros, anarquistas comunistas, tenéis razón verdaderamente: *«vuestro comunismo sería mucho más deseable — sólo que desde el punto de vista del individuo estáis equivocados. Pues el individuo es egoísta y nunca se sacrificará por la comunidad como vosotros deseáis. Y en ese egoísmo se estrellan vuestros hermosos proyectos! Egoísmo y altruismo son justamente adversarios y no se dejan asociar nunca.»*

Tantas afirmaciones, tantos lugares comunes indemostrados e indemostrables. ¿Exigimos nosotros el sacrificio del egoísmo humano? Yo diría que la sociedad actual puede existir solamente porque millones y millones de individuos han perdido el sentimiento, propio, la dignidad personal mediante el clericalismo y la disciplina de la escuela estatista. ¿Qué otra cosa es la guerra que un llamado del Estado para el sacrificio del yo en el individuo, para ofrecerse en holocausto de un interés común imaginario y supuesto, idealizado por el patriotismo, "el último refugio de las canallas", como ha dicho el magnífico pensador americano Ralph Waldo Emerson?

No es el anarquismo comunista el que exige el sacrificio del egoísmo y el desborde del espíritu de comunidad. Conocemos bastante bien a la naturaleza humana y no consideramos la exigencia o la suposición de una completa negación de los justos y naturales sentimientos e intereses, como una condición previa de la realización ideal de una sociedad.

Es cierto, hay algunos fundamentos teóricos del comunismo que se derivan de la negación de toda suerte de egoísmo en el hombre. Por eso son completamente utópicos, y la mayor parte de los casos son las fundamentaciones autoritarias del "comunismo" las que ocurren en esta ilusión con respecto a los más íntimos impulsos de la naturaleza humana. Yo no participo de esta concepción errónea, sino que al contrario, fundamento el comunismo de mi objetivo anarquista en el principio individualista del interés particular, que prospera en la comunidad de la manera más provechosa.

¿Qué es egoísmo, qué es altruismo, mejor dicho: qué es lo que hay que entender con esas palabras para establecer una base clara de sus conceptos?

Egoísmo es una palabra latina y significa en español los impulsos y pasiones del individuo concentrados en el "yo"; *ego* significa yo. Se comprende por eso que el egoísmo es el primer y más fundamental elemento de la vida del hombre. Ya en el niño lo hallamos perfectamente definido; aunque la madre sufra grandes dolores al amamantar, el niño chupa regocijado el pecho materno en tanto que le proporcione buena leche. Y más tarde, cuando los primeros impulsos vitales, que se traducen instintivamente, ceden a una conciencia más clara, es decir, más o menos en la edad escolar, vemos igualmente que el niño no va más allá de la satisfacción de sus deseos particulares, y especialmente cuando llega el momento de ser o no ser, sin preocuparse de todos los demás, se aferra solamente a sí mismo.

No puede ser de otro modo. El egoísmo, es decir, el instinto del yo, se asocia a otro, inextirpable de la naturaleza humana, al instinto natural de la propia conservación, inherente a todo ser viviente, de la especie humana como del reino animal. El individuo no puede sobreponerse a su yo, pues su vida sensible total arraiga en él, es decir toda su capacidad de sentimiento y de recepción. Negar esto equivaldría a negar la realidad del yo, cosa que pueden permitirse los metafísicos, los teólogos y los dialécticos entre los cuales no queremos contarnos. (1)

Rechazar el egoísmo, el sentimiento y la conciencia del yo equivale a la negación del individuo, es decir, a negar que hay hombres, como nosotros mismos, co-

mo los que nos rodean, movidos por sus propias inclinaciones e instintos, que aspiran al placer y repudian las sensaciones de disgusto.

Sólo si los hombres no fueran seres de carne y hueso, sino fantasmas vanos, se podría disputar con razón la existencia del egoísmo en el individuo. Hasta que no se haya dado una prueba tan imposible, es una verdad irrefutable que el egoísmo es propio de todo individuo y sólo se extingue con la vida. Es una vana hipocresía querer refutar, tal cosa por medio de toda suerte de interpretaciones; allí donde se sostiene eso honestamente existe un desconocimiento de la naturaleza humana y de sus impulsos.

Todo esto es fundamental para nuestra concepción anarquista; no representa de ningún modo una oposición irreconciliable con el altruismo, el supuesto indispensable sentido de la comunidad que, a pesar del egoísmo y hasta únicamente por medio de éste, puede llamar igualmente al hombre. Toda opinión diversa se basa en una concepción malentendida del altruismo, de la especie de sentido para consagrarse al bien de los otros, en el más alto sentimiento de la comunidad. El altruismo es la aspiración al bienestar común, y a éste corresponde moralmente el bienestar del individuo, que se forma y resulta tan solo del bienestar de todos.

Sólo bajo dos puntos de vista se podría considerar una sensación, como la encarnada por el altruismo, innatural y artificial. Este sería el caso si, como acontece en la interpretación errónea y en la apología de los dogmas teológicos, se predicara el altruismo como renuncia y autosacrificio del yo; y si se quisiera subordinar el justo egoísmo de cada uno al bienestar de los demás, como hace con doble lenguaje la teoría de la democracia y el "comunismo" autoritario (marxismo), o, formulado sociológicamente, si se colocara el bienestar de la comunidad, del Estado, de todos, o como se llamen estas flecciones, más alto que el bienestar del individuo. En ambos casos indudablemente el altruismo no es otra cosa que una trampa para la individualidad libre del hombre, su esclavizamiento — de ninguna manera a beneficio de todos, sino sólo en beneficio de una camarilla particular de individuos privilegiados que obran de acuerdo al más bajo y rastroso egoísmo. Pero semejante concepto del altruismo no tiene nada que ver en realidad con sus verdaderos elementos esenciales. El egoísmo y el altruismo no son adversarios, como se afirma extravagantemente y a menudo, sino más bien grados de evolución del espíritu humano, de su razón. Hay que tener en cuenta, pues, que el elemento primario del impulso vital inherente en toda criatura arraiga siempre en el egoísmo y por eso no es extirpable ni lo será. Pero eso no quiere decir que el último sea necesario o simplemente deseable. Pues hasta los hechos más nobles y aparentemente más espontáneos nacen en el terreno del egoísmo.

Por imposible que esto parezca, tanto más lógicamente podría presentarse si se considerase más de cerca la vida sensual del hombre. En ella crecen buenos y malos impulsos, son desprendidas de ella buenas y malas actividades, movimientos y reacciones. Todo resulta de la exigencia egoísta del yo para afirmar su ser. La diferencia entre un movimiento o un hecho bueno y uno malo reside para el individuo menos en el hecho o en el movimiento mismo que en la concepción que de ellos se tiene. En la conciencia interna del hombre solamente se reflejan aquellas apreciaciones que llamamos egoísmo o altruismo. Consisten en esto, que éstas o aquellas representaciones que cercan el yo determinan el que llamamos o un acto egoísta o altruista.

Ambas formas de acción y de pensamiento surgen de una sola fuente, de la del yo, sólo que sus exteriorizaciones se

anuncian diversamente y sus efectos son distintos. Pero lo último demuestra que egoísmo y altruismo en su esencia son fases que se desprenden de un solo impulso que penetra en toda la naturaleza; el impulso de la conservación del yo; o más justamente dicho, que el altruismo no es nada más que una forma elevada del egoísmo, que es capaz de nacer casi siempre cuando recibieron satisfacción las exigencias más vitales del último. Para poder ser altruista el individuo debe estar libre de las preocupaciones egoístas de la conservación de su yo, pues de lo contrario no es capaz de inquietud alguna por los demás y por el bienestar de los demás.

Ciertamente se deberá comprender que lo que se le ofrece al individuo como su más elevada, y esencial conservación, puede ser muy diferente y germina en el gran misterio del alma humana y en los elementos de la herencia. Al hombre mentalmente inferior se le aparece la reproducción y la conservación animal como lo más esencial, al individuo mentalmente más desarrollado aquello que yo llamaría la vida intelectual del conocimiento, un mundo abstracto de la razón, pero que es tanto más real y apreciado por el entendimiento humano cuanto más profundiza en sí y lo lleva a su desarrollo. Ambos, la abnegación en la vida material, o espiritual insintiva, es egoísta, es decir, satisface en primera línea la vida sensual del yo. Sólo que abnegación, sacrificio y a menudo renuncia aparente en beneficio de un ideal, por ejemplo, corresponden a formaciones más elevadas del egoísmo, que sólo pueden sentir dicha y satisfacción en la comunidad. Este egoísmo de naturaleza más elevada siente que no podría hacer florecer nunca su yo y sus posibilidades de desarrollo fuera de la sociedad, y los agradece desde temprano a la sociedad. Por eso su aspiración — originariamente egoísta — se orienta hacia un objetivo que tiene por resultado una elevación de todos; no simplemente por el bienestar de todos — como sucedería absolutamente si el altruismo fuese lo primario en el hombre — sino a causa de que su yo pertenece a ésta o aquella comunidad, porque se siente y se sabe contenido de la manera más segura en el aumento del bienestar común.

Sólo así se dejan comprender razonablemente los actos de los hombres y concebir los principios del egoísmo y del altruismo.

Ningún individuo obra contra su yo, contra sí mismo. Pero el concepto de lo que es para el individuo "yo" y "sí mismo" varía con la diversidad y la diferenciación espiritual de los individuos. En la conexión normal de las cosas significa que todo hombre es determinado en sus actos según la disposición de las circunstancias sociales generales, y de su naturaleza espiritual.

El impulso vital y el impulso de la propia conservación es común a todos, es decir, los hombres lo hacen todo egoístamente. Pero cómo se exteriorizan estos actos, qué métodos emplean, qué fin persiguen, esto tiene su base en la modalidad espiritual y en el carácter del individuo. Todos los postulados de la consideración arraigan en éste, pero el modo cómo ha de realizarlos, depende del nivel de la disposición mental y sentimental en que el individuo se mueve.

El hombre considera la superación de su yo en oposición a la comunidad como la única forma que le es permitida, la forma posible del propio mantenimiento. Su obrar es egoísta, en el mismo sentido primitivo que lo es exactamente por el mismo motivo el obrar de un animal. Este grado del egoísmo es el más primitivo, por muchos aspectos análogo al del animal, — podría representar aún la forma superviviente psico-atávica de aquella especie animal de la que debe descender el hombre. Se limita en su obrar a las necesidades del propio yo y no concibe aún como verdad integral que aquellas necesidades están dadas de una manera igual y justamente para todos los hombres, y por eso deberían mejor ser garantizadas por todos a favor de cada uno y nunca en oposición a todos. Sabe que es un miembro de la comunidad, que puede sacar de ella sus mejores fuerzas, y sobre todo que representa un frag-

mento indisoluble de la humanidad y que pertenece a ella. Ve que lo que él quiere y necesita para ser feliz no puede conseguirlo nunca en oposición con sus semejantes, sin perjudicarse a sí mismo en su elevado humanismo; que todos necesitan fundamentalmente lo mismo que él, y así no hay oposición entre sus aspiraciones y las de los demás, y puede descartarse la oposición artificiosa existente entre ellos y después aparecer un mundo de armonía y de solidaridad entre todos y para todos.

Este segundo tipo humano obra lo mismo que el primero por motivos innegablemente egoístas, pero los mismos motivos son purificados, ennoblecidos y refinados, es decir, elevados por una vida racional superior que le substraer al puro movimiento animal insintivo y sólo le permite hallar su plenitud de conciencia en la satisfacción y el colmo de todas las exigencias humanas, de las necesidades de todos los hombres por las cuales está ligado a la comunidad con lazos indisolubles, se siente dependiente de ella y sólo en su dominio encuentra la satisfacción de su más íntima y sensible individualidad.

De la consideración de ambos tipos humanos se desprende para todo hombre que piensa la solución del problema y la adversidad aparente entre egoísmo y altruismo. Tal adversidad no existe absolutamente en la realidad. Todo es egoísmo, sólo el egoísmo es el elemento vital fundamental también de las más altas regiones de la vida psicológica. Lo que llamamos altruismo consiste en lo mismo; es una forma en cierto modo esclavizada, sublimada del egoísmo, creada por medio del influjo poderoso de la sociabilidad, de la vida social, decidiendo en todas partes según el grado de evolución alcanzado. Por el intelecto individual.

(1) Sea intercalada, señalada aquí una observación filosófica del dominio del presente trabajo. No está en contradicción con mi acentuación y postulación empírica del yo, la profunda frase de Ernst Mach: "el yo está irreparablemente perdido", no es tampoco sostenida como tal. Lo que entiende Mach con su justa frase se refiere a la supuesta inmutabilidad del yo personal y esto indudablemente no necesita demostración. El hombre se transforma en el curso de su vida orgánica, psicológica y fisiológicamente y por eso es llevado ad absurdum el dogma de la inmortalidad. Lo que yo entiendo con mi afirmación de la realidad del yo, es que siempre y en todas las circunstancias que el individuo atraviese se demuestra en sus manifestaciones inherentes.

EDITORIAL "LA PROTESTA"

OBRAS EDITADAS POR ESTA CASA Y EN VENTA EN ESTA ADMINISTRACION
Perú 1837 - B. Aires

- Los Anarquistas—Estudio y réplica..... \$ 1.—
- Temas Subversivos — Doce conferencias sobre diversos tópicos (agotado)..... \$ 1.50
- Mi Comunismo (La Felicidad Universal) Obra de actualidad \$ 2.—
- El Estado (Su rol histórico)—El Estado Moderno—Conferencias de KROPOTKIN—Primer volumen \$ 0.50
- Cartas a una Mujer sobre la Anarquía—Interesante opúsculo \$ 0.50
- FOLLETOS
- Sembrando Flores (Novela) \$ 0.30
- La Ucrania Revolucionaria — Un viaje de estudio, por AGUSTIN SOUCHI..... \$ 0.30
- En Ucrania—La Sublevación Popular y Anarquista..... \$ 0.10
- Resoluciones de la Conferencia de las Organizaciones NABAT de Ucrania..... \$ 0.10
- Temas Subversivos—Doce folletos de Sebastian Faure..... \$ 0.15

ARNOLD ROLLER

Páginas de la historia del proletariado español (1848-1907)

(Continuación)

Las secciones de la Internacional estaban dirigidas según los grupos de oficio, es decir, en el sentido de los sindicatos actuales, luego se federaban entre sí (8). El principio de la Internacional inspirada por el espíritu bakuninista en España era la posesión de los medios de producción, de las minas y de la tierra por los grupos profesionales (sindicatos), el consumo, sin embargo, debía ser organizado en el futuro de un modo colectivista, es decir, según el principio: "a cada uno el producto íntegro de su trabajo", o sea, por tanto, propiedad común de los medios de producción y propiedad privada de los productos. Ya entonces fué propagada como táctica la huelga general revolucionaria y la huelga general. A parte del colectivismo, vemos por consiguiente en el principio de la vieja Internacional española, una gran analogía con el actual sindicalismo (9).

En junio de 1870 tuvo lugar, en Barcelona el primer congreso de las secciones de la Internacional de la "región española", donde, como punto principal, fué adoptada la siguiente resolución:

"El congreso recomienda a todas las secciones de la Internacional que renuncien a esa acción corporativa que tiende a realizar la transformación social con ayuda de las reformas políticas nacionales y les estimula a dedicar toda su actividad a la organización, federaliva de los grupos de oficio (sindicatos) que constituyen el único medio para asegurar la victoria de la revolución social. Esta Federación es la representación verdadera de los trabajadores y debe ser conducida fuera de todo gobierno político".

La Internacional fué fundada en España exclusivamente por adeptos de las ideas de Bakunin, por cuyo espíritu quedó también completamente dominada. En el interior de la Internacional española surgió también independientemente de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista de Ginebra la Alianza (10) española que era una organización completamente secreta, cuya existencia permaneció secreta y desconocida hasta para los internacionalistas que no pertenecían a ella. La Alianza española tenía la misión de relacionar entre sí a todos los elementos más activos de la Internacional y mantener los fines antiautoritarios revolucionarios de la Internacional.

Ya en 1869 publicó Farga Pellicer la hoja "La Federación", que defendió los puntos de vista de la Internacional. Surgieron pronto otros periódicos, La Solidaridad, en 1876 después la Emancipación en 1871, en cuya redacción tomó parte también Pablo Iglesias, que junto con Lorenzo era miembro del Consejo Nacional de la federación española y anarquista bakuninista. En la declaración del primer número de esos periódicos se dice: "En religión propagamos el ateísmo, en política la anarquía, en economía el colectivismo". En el primer número de La Emancipación, órgano de la Internacional, se escribió en un artículo, en donde se polemizaba contra el discurso del diputado internacionalista Lostau, que presentaba las comunas libres y autónomas como el objetivo de la Internacional: "Puesto que la administración comunal es también un estado político de la localidad... reconozcámos como organización exclusivamente la unión libre de las libres asociaciones de trabajadores industriales y del campo".

La evolución de la Internacional en España bajo el influjo de las ideas de Bakunin, era naturalmente para Marx y el Consejo General de la Internacional en Londres una pesadilla, y por eso envió Marx a su yerno Paul Lafargue a España hacia fines de 1871.

Lafargue presenció el 7 de enero de 1872 la asamblea general de la Federación madrileña de la Internacional (que entonces tenía 2,000 miembros), supo acercarse inmediatamente a los redactores de La Emancipación, de la que se hizo constante colaborador, (11). Ganó pron-

to a los redactores a sus opiniones, entre ellos a Pablo Iglesias. La Emancipación comenzó a atacar luego los principios de la "Alianza" y a la Internacional española y a propagar el marxismo — por lo cual la Federación madrileña opuso a La Emancipación un nuevo periódico secreto: El Condado (12).

Lafargue se engañó en su presuposición de que podría desviar hacia el marxismo también el movimiento con los redactores del periódico. El resultado fué sólo que la Federación madrileña excluyó a los redactores de La Emancipación y a Pablo Iglesias con ellos de la Internacional, — con la justa fundamentación de que desde la conversión defendían ideas que chocaban con los principios de la Internacional española (13).

En el congreso anual de la Federación española, que se realizó en abril (1872) en Zaragoza, se procedió a una especie de acuerdo (14), a causa de lo cual retiró su exclusión la Federación madrileña. En ese congreso fué ensanchada parcialmente también por el influjo de Lafargue, la violencia del Consejo General. Pero la elección del Consejo federal no se hizo según los deseos de Lafargue, pues comenzó de inmediato a intrigar en contra desde La Emancipación, a denunciar a los miembros del Consejo federal como perteneciente a una Alianza secreta y a defender invariablemente al Consejo general de Londres. La lucha comenzó de nuevo, por cuya causa Lafargue y sus adeptos fueron definitivamente excluidos de la Internacional por resolución de la asamblea general de la Federación madrileña, el 9 de julio de 1872 (15). Entonces Lafargue, Iglesias y otros siete fundaron la Nueva Federación Madrileña de la Internacional — que en total se componía de 9 hombres (contra más de 3,000 que constituían la verdadera Federación Madrileña), pero su notificación al Consejo federal no fué aceptada, es decir, no fueron ya más aceptados en la Internacional (16).

Lafargue se quejó a su suegro Marx; el Consejo general reconoció naturalmente esa "nueva federación", y desde entonces la califica Engels de "verdadera Internacional", mientras que toda la Internacional española, con sus 60,000 miembros, se convirtió según su modo de ver en una falsa Internacional (Véase: Bakunisten an der Arbeit en "Internationales aus dem Volksstaat"). Engels escribió como miembro corresponsal del Consejo general una carta rabiosa al consejo federal español, del cual exigió bajo todas las amenazas posibles, ni más ni menos que la notificación a vuelta de correo de los nombres de todos los miembros de la Alianza secreta y de sus funciones en la Internacional (17). El consejo federal español contestó que no pensaba prestar servicios policiales (18). Después de eso La Emancipación, redactada por Lafargue y Pablo Iglesias publicó en su número del 28 de julio de 1872 todos los nombres de la Alianza secreta que les eran conocidos (19). Este fué el glorioso comienzo de la social-democracia en España. Desde entonces no ha sido nunca infiel a sus "sublimes principios", como todavía hemos de ver más adelante.

En tanto se realizó en septiembre del mismo año el famoso congreso de La Haya (20), donde los manejos de Marx tuvieron la exclusión de Bakunin, de Guillaume y de toda la Alianza y el reconocimiento de la Nueva Federación madrileña, así como la declaración oficial de que la clase obrera tenía que organizarse en partidos políticos y tomar parte en la acción política. El congreso convocado después por los antiautoritarios (bakuninistas) en St. Imier (21) creó un pacto libre de las federaciones de la Internacional en aquellos países en que se defendía el punto de vista antiautoritario, y se declaró contra toda participación política de la clase obrera, porque la mi-

sión de los trabajadores era destruir el poder político. Luego tuvo lugar en diciembre de 1872 el tercer congreso de la Internacional española en Córdoba, donde estaba representada la gran mayoría de las secciones españolas. Allí fueron unánimemente rechazadas todas las resoluciones del congreso de La Haya y no se reconoció ese congreso; la Internacional española se adhirió al pacto y a las resoluciones del congreso antiautoritario de Saint Imier.

Los marxistas españoles intentaron ahora fundar por algunos meses una nueva federación en toda España, tuvieron en el comienzo de 1873 un congreso en que declararon que querían mantener fielmente las resoluciones del congreso de La Haya (referente a la acción política) y eligieron un nuevo Consejo federal cuya sede trasladaron a Valencia. Pero a pesar de todos los esfuerzos oratorios y públicos para escindir el movimiento español, la nueva Internacional murió, no obstante haber sido llamada por Engels la "verdadera Internacional", junto con su periódico Emancipación, después de corto espacio de tiempo — a pesar de los apoyos monetarios de Londres. La Internacional antiautoritaria continuó existiendo con sus seis periódicos (22).

(8) Esta forma de organización revolucionaria, que modifica en cierto modo la estructura de los grupos de afinidad, pero que no constituye sin embargo un sindicato en el sentido moderno de la palabra, es la conservada en la Argentina por la F. O. R. A., que reivindica por una tradición ininterrumpida los valores de la primera Internacional frente al nuevo sindicalismo que prestigia doctrinas autónomas y propias en las que niega prácticamente el anarquismo (N. de R.)

(9) El camarada Roller escribía el presente folleto en un período en que apenas podía juzgarse con conocimiento de causa la doctrina sindicalista como adversaria del anarquismo; además, por su idea principal de la huelga general estaba inclinado a ver en el moderno sindicalismo un factor excelente; sin embargo, nosotros estamos muy lejos de poder comparar el viejo movimiento revolucionario español con un movimiento sindicalista. Mientras en España perduró la tradición de la vieja Internacional, la ideología del movimiento obrero fué puramente anarquista (N. de R.)

(10) En 1870, cuando ya la vieja Alianza de la Democracia Socialista estaba disuelta, Farga Pellicer y Sentiñón crearon el Barcelona un grupo local íntimo que adoptó los estatutos de la Alianza bakuninista, pero de la cual no sabían nada ni Bakunin ni sus amigos en Suiza. En el grupo de Barcelona figuraban entre otros Farga Pellicer, Sentiñón, García Viñas, Pedro Gaya, A. Marino, Gabriel Aldayes, Juan Sanchez, J. Pardo, José Pamiés, Jaime Belasch, Miguel Batlle, F. Albojés, Antonio Pellicer, Charles Alerm. Poco a poco el grupo de Barcelona se ramificó por toda España, pudiendo decirse que la dirección de la propaganda revolucionaria quedó en manos de los aliancistas, que eran los más activos, los más capacitados y los más abnegados miembros de la Internacional. El grupo de la Alianza en Madrid no se formó hasta 1871, cuando las persecuciones obligaron a tres de los componentes del Consejo federal, A. Lorenzo, Morago y F. Mora a refugiarse en Lisboa. (N. de R.)

(11) La Emancipación fué fundada por J. Mesa, un periodista ambicioso, dispuesto siempre a arrojarse al sol que más calentara; cuando Lafargue se presentó en Madrid, fué por intermedio de Mesa que el yerno de Marx comenzó la conquista de todos los redactores del periódico, que constituirían parte de la Alianza madrileña también y formaban el consejo federal de la Federación española. La acción de Lafargue fué favorecida por la disidencia surgida entre F. Mora y Morago, disidencia que llevó a todos los internacionalistas españoles de parte de Morago en cuanto las circunstancias las hicieron públicas. Lafargue intentó más tarde contrarrestar el influjo de la Alianza por otra organización análoga, que fracasó (N. de R.)

(12) El Condado fué publicado al advertir que el órgano de Mesa y de la ya ganada camarilla defensora del consejo general de Londres tomaba el partido autoritario contra la doctrina de la verdadera Internacional española. Uno de los redactores fué Morago. — (N. de la R.)

(13) En ocasión en que se celebraba un congreso del partido republicano federal (1872) los redactores de La Emancipación, sometidos a la voluntad de Lafargue, tuvieron la idea de dirigir al congreso una carta preguntando si los republicanos federales trabajaban por la emancipación de los trabajadores o no. La Federación madrileña advirtió que eso era un error, que la Internacional tenía ya marcada su línea de conducta frente a los partidos políticos, y que por tanto el periódico debía rectificar su carta. Mesa y compañía se negaron, y entonces fué declarada su expulsión de la Federación madrileña, después de haber constatado la malcolocación de los marxistas. La Federación envió al congreso republicano una carta haciendo notar que no se solidarizaba con la epístola de los redactores de La Emancipación — (N. de la R.)

(14) Del 4 al 11 de abril de 1872 se reunió en Zaragoza el congreso anual de la Internacional española. En él se llegó al acuerdo de que sería retirada la expulsión de los seis redactores de La Emancipación siempre que rectificasen su actitud en ocasión del congreso republicano federal. En Zaragoza se decidió que la sede del consejo federal de la Internacional española sería trasladada a Zaragoza. Lafargue asistió a este congreso con el nombre de Pablo Farga. — (N. de la R.)

(15) Lafargue y los suyos continuaron sus intrigas contra los aliancistas, que habían dado ya por disuelta la Alianza, y contra las tendencias antiautoritarias del proletariado español. Esto motivó que las discordias se reanimasen y Mesa, Lafargue y Pages fueran expulsados de nuevo de la Internacional española. — (N. de la R.)

(16) Después de la expulsión de Lafargue, Mesa y Pages, éstos con otros siete amigos — F. Mora, Pablo Iglesias, Inocencio Calleja, V. Sáenz, Angel Mora, L. Castiellón, H. Pauty — constituyeron la "Nueva federación madrileña". El consejo federal rehusó reconocerlos, pero el yerno de Marx halló modo de que su suc-

Pedro Kropotkin — Conferencias

La Editorial LA PROTESTA, ha puesto a la venta el primer volumen de las Conferencias de Kropotkin. — Además de "El Estado — su rol histórico" — importante tema de suma actualidad, desarrollado en diez capítulos, éste volumen contiene otra conferencia titulada: "El Estado Moderno", con los siguientes capítulos: El principio esencial de las sociedades modernas — El rol del Estado — El impuesto, medio de crear los poderes del Estado — El impuesto: medio de enriquecer a los ricos — Los monopolios — Los monopolios del siglo XIX — Los monopolios en la Inglaterra constitucional — En Alemania — Los reyes de la época — La guerra — Rivales de la industria — Crisis industriales debidas a las previsiones de las guerras — Los caracteres esenciales del Estado — El Estado puede ser un instrumento de emancipación de los trabajadores — El Estado constitucional moderno — ¿Es razonable reformar el Estado actual? — Conclusión.

Precio del tomo ... \$ 0,50 Encuadrado en tela ... \$ 1,50

gro y el consejo general de Londres los reconociera, y negasen el derecho a la existencia a la vieja Federación madrileña de más de 2.000 miembros.—(N. de la R.)

(17) Puede juzgarse el tenor del documento: "Ciudadanos, tenemos las pruebas de que existe en el seno de la Internacional, y principalmente en España, una sociedad secreta que se llama la Alianza de la Democracia Socialista. Esa sociedad cuyo centro está en Suiza, tiene por misión especial dirigir, en el sentido de sus tendencias particulares, nuestra gran Asociación. El Consejo general anunció ya en su circular que reclamará en el próximo congreso un informe sobre esta Alianza, verdadera conspiración contra la Internacional... Está resuelto a poner fin a esas maniobras ocultas y a tal efecto os reclama para la memoria sobre la Alianza que debe presentar al congreso de La Haya:

1.—Una lista de todos los miembros de la Alianza en España, con la designación de las funciones que llenan en la Internacional;

2.—Una información de vuestra parte sobre el carácter y la acción de la Alianza, así como sobre su organización y sobre sus ramificaciones en el interior de España...

A menos de recibir, una respuesta categórica y satisfactoria a vuelta de correo, el consejo general se verá en la necesidad de denunciarlos públicamente en España y en el extranjero como habiendo violado el espíritu y la letra de los estatutos y como habiendo traicionado la Internacional en interés de una sociedad secreta que no sólo le es extraña, sino que le es hostil". Esta carta está firmada con el nombre de F. Engels. (N. de la R.)

(18) El Consejo federal se contentó con dar por no recibida esa carta insolente. Engels suspendió, entonces, en nombre del Consejo general de Londres al Consejo federal español. En una circular del Consejo federal español a las federaciones adheridas, se dice que la carta de Engels no fué contestada porque exige las funciones que un jefe de Estado exigiría a su departamento de policía.

(19) No todos los miembros de la Alianza eran conocidos por los redactores de La Emancipación; los que no fueron delatados, en solidaridad con los que habían sido expuestos a las persecuciones policíacas por la acción, se denunciaron públicamente, a sí mismos y reclamaron de las secciones españolas de la Internacional que juzgaban su conducta. Estas agradecieron la labor revolucionaria de los que habían sido delatados por la miserable camarilla marxista en España.—(N. de la R.)

(20) El congreso de La Haya es una de las maquinaciones más vergonzosas del odio marxista a la tendencia anarquista. Para exponer todas las artimañas de que Marx se valió a fin de asegurarse una mayoría en el congreso necesitáramos muchas páginas. (N. de la R.)

(21) Los internacionalistas italianos estaban ya fatigados de la lucha sin salida contra el Consejo general de Londres y decidieron en Rimini (1872) convocar un congreso anti-autoritario en Neuchâtel; los jurasianos consideraron prematuro el asunto y acudieron al congreso de La Haya con los españoles; después de los resultados del congreso de La Haya, que justificaron la abstención de los italianos, se reunió la minoría anti-autoritaria en St. Imier en lugar de Neuchâtel y salvaron la Internacional de la plaga marxista con un pacto de solidaridad y de ayuda mutua que constituye la más clara declaración anarquista que haya surgido de un congreso obrero. Los delegados españoles que estuvieron presentes en La Haya y en St. Imier, son Alerini, Farja Péllicer, Morago y Marselan. (N. de la R.)

(22) Estos periódicos eran: La Federación, de Barcelona; El Condenado, de Madrid; Revista Social, de Ginebra; El Orden de Córdoba; El Obrero, de Granada; La Internacional, de Málaga (N. de la R.)

(Continuar)

Revistas Recibidas

"SILUETAS"

En el N.º 8 de esta publicación, la valiente pluma de Angel Samblancat rinde un justiciero homenaje a la silueta moral de Francisco Llairet, el famoso defensor de los perseguidos y encarcelados por cuestiones sociales. Por ello, y por ser "hombre de conciencia y de corazón" — señala Samblancat — fué alevosamente asesinado por la siniestra banda de los Arlegui y Martínez Anido.

En el número que tenemos a la vista su autor reproduce un artículo suyo, publicado en LA PROTESTA, sobre Llairet, recordando el primer aniversario de la trágica muerte de este nuevo mártir de la emancipación humana.

"Siluetas" tiene sus oficinas: Alcalá 177, Madrid.

"LOS PENSADORES"

Esta interesante revista que aparece en esta capital, ha editado en su N.º 70 parte de las obras selectas del que fué vigoroso pensador peruano: Manuel González Prada.

De la prosa que campea en esta revista bajo el título "Obras Selectas" merece mencionarse: "La Revolución Francesa" extractada de su libro "Páginas Libres". En poesías vemos destacarse al soñador, al luchador, al inquieto revolucionario a través de sus bellos y combativos versos titulados: "Libertaria".

Precede a los trabajos de González Prada una biografía de este escritor y tributo, hecha por nuestro colaborador Alvaro Yunque.

"Los Pensadores" tienen sus oficinas: Dirección: Entre Ríos 126 — Administración: Casilla Correo 736 — Ciudad.

"LAS GRANDES OBRAS"

Dedicado como homenaje póstumo, esta publicación quincenal inserta en N.º 61 un sereno trabajo del malogrado poeta y escritor Juan Pedro Calou. "Versículos de la angustia y Estudios del ambiente social" se titula un reflejo que hace Calou del ambiente social, en distintos artículos sobre variados temas.

Citaremos de estos últimos el titulado "Malatesta" y "La Réplica del odio" donde campea el alto idealismo del autor de "Humanamente".

Dirección de "Las Grandes Obras": Boedo 841 — Capital.

"LA REVISTA BLANCA"

Esta prestigiosa revista de sociología, ciencia y arte, continúa su trayectoria anterior, en su segunda época de vida. Los números 7 y 8 que hemos recibido contienen trabajos firmados por conocidos propagandistas. El mejor elogio de la labor que desarrollan los camaradas de "La Revista Blanca" es, a nuestro juicio, dar a conocer el sumario del último número.

Helo aquí: Las revoluciones que producen Las guerras: Rudolf Sharfenstein. — Racional concepción del anarquismo: Federico Urales. — El arte literario francés: Jacques Delesclauze. — La estética y la originalidad en la literatura: Federica Montseny. — Formas primitivas de la propiedad: E. de Lavéleye. — Mirabeau y la revolución: Victor Hugo. — Curiosidades históricas y científicas: El Bachiller de Salamanca. — Las vidas agita-

das: José Mazzini; José Genaro Monti. — El origen de las vías férreas: A. F. — Causas célebres: El profesor de Myskine. — El último Quijote, novela, y Las campañas justas: Redacción, Comentarios: Redacción.

Dirección de "La Revista Blanca": Sardañola — Barcelona.

"LA NOVELA ROJA"

"En la roca de la Mola" (Memorandum de un confinado), es el título de la novela que firma Angel Samblancat, correspondiente al N.º 46 de esta publicación.

El N.º 47 inserta "La máquina infernal" por Juan Lujambio. Ambas novelas relatan episodios de la cruenta lucha y trágicas odiseas del proletariado español.

Oficinas: Alcalá 177 — Madrid.

"PAGINAS LIBRES"

Quincenario anarquista, N.º 25. Trae selecto material de propaganda destacándose una encuesta sobre este tópico:

¿Reclaman las circunstancias y las enseñanzas históricas actuales alguna modificación o algún aporte nuevo al conjunto de las teorías que componen la doctrina comunista anarquista?

¿Cuál es este aporte o esta modificación?

Sobre este tema recaba la respuesta de significados compañeros y de todos aquellos camaradas que quieran emitir su juicio sobre el particular.

Dirección: Clavellinas, 6. — Sevilla. (España).

"LA REVUE ANARCHISTE"

Publicación anarquista que editan los camaradas franceses. El N.º 20 inserta colaboraciones de los camaradas Volin, Wuillens, Goldman y otros propagandistas de marcada actuación en nuestra propaganda.

Dirección: André Colomer, 9, Rue Louis Blanc, París (10).

"NUESTRA REVISTA"

Organo mensual de la Soc. Coop. Lda. Empleados de Bancos, N.º 40. De índole literaria, es una publicación que se destaca por la selección de sus colaboraciones llenas de arte e ideas. El número que tenemos a la vista trae el siguiente sumario:

Thomas Mann: El niño prodigio. — Miguel A. Camino: Dístico. — Alvaro Yunque: El gigante y sus enemigos. — X. X. X.: Floreal. — Alfonsina Storni: La mujer bella. — Alfredo E. Martínez: Trazos — Armando Vasseur: A la guitarra. — León Frapié: Maná. — Hugo R. Argerich: Confidencias. — G. Zalazar Altamira: Cuadro de siesta. — Nathan Bean: La lluvia. — Alfredo A. Bianchi: Juan Pedro Calou. — Juan Pedro Calou: Invitación a Ja danza. — Bibliografía: Escuchando el Silencio... — El libro de Ella. — Poemas Egotistas, por E. M.

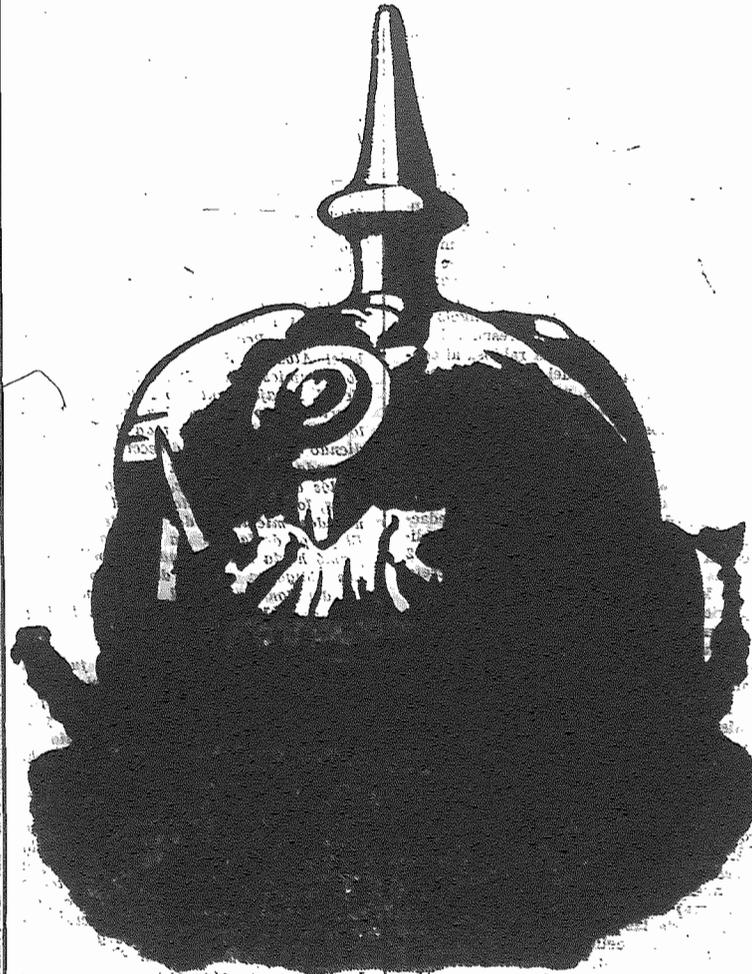
Dirección: Estados Unidos 1824; Administración: Rivadavia 659.

"GENERACION CONSCIENTE"

Hemos recibido el n.º 4 de esta excelente revista, de cuya importancia da idea el siguiente sumario:

Eugenesia. — La herencia. Dr. Isaac Piente. — ¡Oh, el pudor! — La rutina y la inconsecuencia. Teresa Claramunt. — Crónica — Cultivar los vermos del cerebro. Un médico rural. — Estudio elemental del cuerpo humano (continuación). Dr. J. Garcés. — Del amor libre. — La selección espontánea. J. Soler. — Venta de esclavas, cuadro de Geromé. — Engendrar dolor. José Chueca. — La fidelidad y la hipocresía femeninas. Adelfina Ruiz. — ¿Divagaciones? — Sobre la procreación. José Jardínero. — Mujer, hermana mía, escucha. Rosalina Gutiérrez. — Las enfermedades venéreas. — Cómo se contraen. — Cómo se evitan. — Cómo se curan. (continuación). P. V. Redacción y Administración: Nueva, 4. — Alcoy (Alicante-España).

MILITARISMO



Es la campana neumática que asfixia la libertad de los pueblos